

4 años

AMIGA DE BALLET

Juliana Venceslau era su nombre. Alta para su edad, piernas largas, cintura finísima, caderas estrechas, pies perfectos, brazos definidos, flaca-flaca-flaca, sin ningún cabello fuera de lugar, postura impecable y manos de hada. Así era la pequeña insoportable que se nos presentó a mí y a mi madre el día de mi primera (y última) clase de ballet. Con su nariz respingada y la piel blanquísima, no tardó en aproximarse. No por su libre y espontánea voluntad, sino porque mi mamá la llamó para conversar mientras no empezaba la clase:

—¡Mira a la bailarina, María de Lourdes! Ven aquí, pequeña danzarina linda, ven a conversar con mi beba, que va a ser bailarina como tú.

Juliana Venceslau vino dando saltitos como una pluma. Parecía que estaba en el *Cascanueces*. Enseguida me enojé con ella. Y con mi madre. ¡Yo tenía 4 años! ¿Quién era una beba allí? ¡Y qué linda ni qué nada! ¡La niña era piel y huesos! Un esqueleto con ropa de ballet.

—Hola —dijo, haciendo un *plié* ridículo—. Mi nombre es Juliana Venceslau, hago ballet desde los 3 años, hoy tengo 5 años y 7 meses y, cuando tenga 18, voy a ser una gran bailarina —se presentó, para enseguida ponerse de puntillas y dar una vueltita.

¡Qué poco me gustó! Que niña más pesada, más creída, más llena de palabritas ensayadas.

.....¿EN SERIO, AMIGA?!

–¡Ay, mi Dios, una muñeca que habla y baila! Qué educadita. ¡Qué amor! Mira, María de Lourdes, esta niña es ideal como amiga para siempre, ¿ves? –se entusiasmó mi madre, demostrando que Juliana Venceslau era todo lo que ella quería que yo fuese.

–Ajá –respondí, mostrando mi mal humor.

Yo estaba muy enojada, viéndome ridícula con aquel uniforme rosa, aquella red espantosa en el cabello, con unos 387 clips que pinchaban mi pobre cuero cabelludo. No estaba para charlas, estaba allí porque mi madre prácticamente me había obligado. Ella era una bailarina frustrada y estaba loca por verme cumpliendo el sueño que ella no había conseguido plasmar. Madres... ¡Uf!

–Cuéntale, María de Lourdes. Dile tu edad, cuéntale que tú serás la futura Maya Plisétskaya, ¡cuéntale!

Las miré a ambas con cara de aburrimiento, permanecí muda y, ¡peor!, volteé la cabeza hacia un costado. Súúúper divina.

–¡Cuéntale, María de Lourdes! ¡No me hagas pasar vergüenza! –se alteró mi madre, dándome un pellizco de categoría en el brazo.

–Déjela, señora. Ella todavía es muy pequeñita. Tal vez yo le parezca muy grande. Pero yo soy buena, soy la mejor alumna del grupo. Todas las chicas quieren ser como yo.

¿Yo soy buena? ¿Todas las chicas quieren ser como yo? ¿Qué frases absurdas eran aquellas? ¿Cómo una mocosa de 5 años y 7 meses conseguía decir tantas tonterías en tan poco tiempo?

–¿Has visto? Es a ella a quien debes pegarte, María de Lourdes. Con Juliana vas a aprender a hacer todos los pasos correctamente.

Ella agradeció el elogio con una pirueta. Mamá aplaudió.

Dos desubicadas.

–¡Impresionante! ¡Juliana es como yo! Sabe que es linda, pero no es vanidosa por ello.

¿A quién tengo por madre? ¡¿A QUIÉN TENGO POR MADRE?! , gritaba por dentro.

–Claro, la belleza es algo que viene del interior –ratificó la presumida, haciendo otro exótico pasito de ballet, para alegría infinita de mamá–. Yo voy a ser la mejor amiga de ballet de María de Lourdes, señora. Va a ser bueno porque no tengo ninguna amiga panzona, ella será la primera. ¿Cómo es tener barriga? ¿Puedo apretar? –preguntó, ya apretando–. ¡Guácala! ¡Es blandita! ¡Ay, qué gracioso!

Graciosa quedaría su cara no bien yo aplastase su rodete perfecto y rasgase sus pantimedias con mis uñas afiladas.

En lugar de indignarse con la afrenta, mi madre estalló en carcajadas. ¡Ay, qué odio me dio!

–Las niñas flacas son feas –fue todo lo que conseguí argumentar.

–¡Ah, María de Lourdes, no digas tonterías! Las niñas gordas son las feas –me fastidió mi madre, aún babeando por Juliana Venceslau, aquel proyecto inacabado de bailarina.

–Pero tú no eres gorda, solo eres blandita. Pareces un oso –añadió Juliana Venceslau–. Voy a llamarte osita. Espera. ¡Gabi! ¡Ven a conocer a la nueva alumna! Es la osita.

–¡Hola, osita! No sabía que los osos danzaban ballet –comentó Gabi, con menos gracia que la ridícula Juliana Venceslau.

–Y yo no sabía que las vacas bailaban –reaccioné, poniendo fin a aquella conversación enervante.

–¡María de Lourdes! ¡No se le dice vaca a nadie, hija! ¿Qué es eso? ¡Ellas están jugando!

–¡No están jugando nada! ¡Me dijeron que era un oso, mamá!

–¡El oso es blandito! –exclamó Juliana Venceslau.

–El oso es gordo. Pero mejor ser un oso que ser una... una... ¡jirafa raquítica como tú!

.....¿EN SERIO, AMIGA?!

—¡María de Lourdes! —gritó mi madre. Listo, sería regañada frente a mis nuevas “amigas”. Qué día pesado. ¡Muy pesado!—. Hija, ¿qué palabra linda es esa?, ¿dónde la aprendiste? Raquítica... ¡Mira tú! La usaste súper bien, con la entonación correcta, en el contexto perfecto... Ay, qué orgullosa estoy de mi geniecita.

—¿Genia? ¡Ella es una grosera, eso es lo que es! Y, ¿sabe? Usted se cree linda, pero es fea. Y gorda también, ¿ok? Como su hija —Juliana Venceslau se bajó de las zapatillas de ballet. ¡Uyy!

—Y la gente gorda necesita realmente ser inteligente, de lo contrario no consigue nada en la vida —completó Gabi—. El mundo es de los bonitos y flacos.

¡Ups! ¡Qué bailarinas escandalosas! Aquel aspecto de niñas educadas era solo una fachada, por dentro eran dos engreídas y maleducadas.

—¡Patas Flacas! ¡Olivia de Popeye! —me entusiasmé.

—¡Elefanta! ¡Ballena! —gritó Juliana Venceslau.

—¡Parlanchina, envidiosa, futura solterona! —le gritó mi madre.

—¿Solterona? —se sorprendió Juliana Venceslau.

—¡Sí, solterona! Ningún hombre va a querer casarse contigo cuando crezcas. ¿Y sabes por qué? Porque a los hombres les gusta la carne. Y tú solo tienes hueso. ¡Por eso vas a ser la tía soltera, vas a morir solita, sin nadie, infeliz, amargada y sin amor!

—¡Má! —exclamé.

—¡Ah, es así, María de Lourdes! Y yo no me callo —se justificó.

—¡Buááá! —lloró ruidosamente Juliana Venceslau.

—No hagas eso, Ju, se te va a correr el rímel —alertó Gabi.

¡Rímel! ¡A los 4 años yo no tenía idea de lo que era el rímel, pero Juliana Venceslau ya iba con rímel a la clase de ballet! ¡Qué extraño!

—Ven, Ju. Deja a estas dos aquí. Esta niña no nació para ser bailarina —profetizó Gabi, dando en el blanco de lo que pasaba por mi cabeza.

—Sí, ni su madre para ser madre de bailarina —empinó la nariz Juliana, ya sin lágrimas en el rostro, tomando la mano de su amiga y dándome la espalda.

Cuando ambas fueron a elongar cerca de allí, mi madre me alertó:

—¡En serio, María de Lourdes! No quiero saber nada de que hagas amistad con esas chicas, ¿eh? ¡Ay, ay, ay!

Diez minutos más tarde, cuando la profesora pasó lista, mi madre resolvió hacer una regresión y volver a tener 4 años. Disimuladamente, con cara de traviesa, puso su pie frente a Juliana Venceslau, que tropezó y cayó de cara al suelo frente a todo el mundo, desatando una carcajada general.

—¡Mamá! ¡Qué feo! —susurré antes de guiñarle el ojo y entrar en el aula.

A veces mi madre acierta, celebré internamente.

La clase duró sesenta interminables minutos, los más sufridos de mi vida. Salí decidida a practicar yudo. Así, la próxima vez, podría defenderme con categoría de bailarinas como Juliana Venceslau, que, dicho sea de paso, ni siquiera bailaba tan bien.